

GENEALOGÍA DE LA REVUELTA
ARGENTINA: LA SOCIEDAD EN MOVIMIENTO

RAÚL ZIBECCHI

NORDÁN COMUNIDAD/LETRA LIBRE,
ARGENTINA, 2004, 244 PP.

EL MUNDO NUEVO PARA AHORA, NO PARA DESPUÉS DE LA
REVOLUCIÓN

Carlos Figueroa

El libro de Raúl Zibechi, *Genealogía de la revuelta*, forma parte de la gran cantidad de reflexiones que desde principios del año 2002 hemos visto aparecer con motivo de la rebelión observada en Argentina, particularmente en Buenos Aires, durante los días 19 y 20 de diciembre de 2001. Tanto el autor como el prologuista, John Holloway, coinciden en afirmar que la revuelta de aquellas fechas tiene importancia no sólo por lo que implicó para los argentinos sino también porque desde su punto de vista, la misma anuncia una nueva forma de rebelarse, una nueva forma de construir un mundo nuevo que se despoja del Estado, del partido y del sindicato. De acuerdo a lo expresado por Raúl Zibechi, la rebelión fue exitosa precisamente porque estuvo exenta de estos tres actores. En efecto, tumbó a dos gobiernos y creó una situación nueva en Argentina. Zibechi es lapidario contra partidos y sindicatos: "El 19 y 20 de diciembre, si la acción hubiera quedado en manos de las organizaciones establecidas, habrían convocado a una reunión muy amplia, emitido un comunicado contra el estado de sitio y una enorme y ordenada movilización de repudio. Luego empezarían a negociar... y todavía estaría De la Rúa" (p. 226).

He aquí pues el valor universal de esta experiencia, anunciadora de una nueva época en lo que se refiere a las formas de lucha. En la rebelión de diciembre de 2001, ninguna organización política o sindical dirigió el movimiento; ninguna organización de esas convocó a salir a la calle y a derribar el gobierno (p. 217).

Aunque el concepto de lucha no le gusta a Zibechi, y lo dice desde las primeras páginas de su texto, termina aceptando el término pero con una nueva connotación. Lucha ya no sería el conjunto de acciones para destruir, liquidar a un enemigo, sino una acción creativa de nuevas formas de vida. Estas nuevas formas de vida serían el anuncio de un proceso que terminaría por disolver al capitalismo, el cual, según el autor, se encuentra en una etapa terminal y, por tanto, en proceso de disolución. Varios son los hechos que anuncian el largo proceso histórico que terminará por darle a la humanidad una sociedad enteramente nueva. En primer lugar, nos dice Zibechi, inspirándose en el argumento de resonancia luxemburguiana y que ha retomado Wallerstein, nos encontramos en el fin del proceso de desruralización del mundo y el fin del campesinado. El mundo rural y el campesinado que se incorporaban a la ciudad y al trabajo industrial le daban al capitalismo el margen para abatir salarios y mantener o aumentar las tasas de explotación. El fin de este proceso se articula con el hecho de que la producción no puede ir creciendo de manera sostenida e indefinida, porque está poniendo límites ambientales que de traspasarse pondrían en peligro la existencia misma de la humanidad. La democratización de las sociedades ha generado enormes sectores populares demandantes; esa actitud impide que las elites tengan los márgenes de acción que antaño tenían y que les permitía imponer políticas contrarias a los intereses de estos sectores populares. Finalmente, el fin del patriarcado, que está asociado a la crisis de autoridad no sólo en la familia, sino también en la escuela y en el propio escenario de la plusvalía, el taller (p. 213).

Vivimos pues, según nos indica Zibechi, una situación de desorden creciente, de creciente ausencia de conducción, de márgenes cada vez más estrechos para imponer disciplinamientos. Es este contexto el que explica las nuevas formas de lucha que empezamos a observar, acaso de forma embrionaria, si bien, según el autor, son la prefiguración de lo que paulatinamente puede convertirse en el elemento fundamental de subversión del orden existente. Es por esto que el eje fundamental del libro de Zibechi es la noción de "forma de lucha" entendida, según nos lo ha aclarado desde el principio, no como enfrentamiento que busca liquidar al enemigo, sino como creación de nuevas formas de asociación. Formas que

estarían articuladas por nuevos valores, enteramente contrarios, no sólo a los que propugna el capitalismo, sino también a los que reproducen el Estado, los partidos y los sindicatos, incluso partidos y sindicatos que forman parte de la izquierda.

En un planteamiento que nos recuerda a Eric Hobsbawm en su libro *Rebeldes Primitivos*, Zibechi argumenta con razón que las formas de lucha han tenido historicidad a lo largo del desenvolvimiento del capitalismo, y que son estas formas de lucha la explicación esencial del surgimiento de las distintas etapas de desarrollo capitalista. Al boicot, el sabotaje y la huelga, el capital respondió con nuevas formas de socialización de la producción; al sindicato de oficios el capital respondió con la creación de las industrias por ramas y el surgimiento del taylorismo, esa inhumana división del trabajo que mutila al obrero y lo convierte, en palabras de Taylor, en una suerte de "gorila amaestrado". Al perder la clase obrera el control de la producción que tenía en la manufactura y en el trabajo artesanal, los grandes sindicatos propios de la etapa fordista y keynesiana hicieron de la apelación al Estado y al capital, la vía para obtener mejores salarios y condiciones de vida. Y esta apelación o confrontación fue la forma de lucha que le dio su signo a una época. Hoy el capital ha construido la globalización y la acumulación flexible para contrarrestar los éxitos de la clase obrera en la etapa precedente.

Esta nueva fase del capitalismo genera una masa enorme de desocupados que ya no es el ejército industrial de reserva o la superpoblación relativa, por lo menos en los términos en los cuales Marx los pensó en *El Capital*. También es necesario pensar de manera distinta a esos marginados del proceso productivo. Hay que dejar de verlos como sectores que son caldo de cultivo para las formas más morbosas de manifestación de la crisis social, esto es el *lumpenproletariado*, esa masa infecta de prostitutas, rateros, aventureros y, en general, gente de "baja índole". Más aun, al hablar específicamente de los *piqueteros*, Zibechi postula que en realidad estamos asistiendo al nacimiento de una nueva clase obrera, una masa trabajadora que no tiene relación con el capital ni con el Estado pero que construye una nueva identidad y formas comunitarias de asociación. Posee la ventaja, además, que en la medida en que tiene autonomía se ha

alejado de la alineación que provoca la división del trabajo, misma que mutila y destruye la autoestima de los trabajadores. Es tan significativo este hecho en el planteamiento de Zibechi, que en determinado momento nos dice que este factor es más importante en la reflexión de lo que hay que cambiar, que la misma propiedad privada.

En los capítulos destinados al examen de las organizaciones Madres, HIJOS, el rock de arrabal, el desborde juvenil y los *piqueteros* (capítulos 2, 3 y 4), Raúl Zibechi se dedica a examinar la genealogía de la revuelta del 2001. Puesto que ésta tiene como rasgo inédito haber sido protagonizada por sectores populares ajenos a partidos, sindicatos y cualquier otra organización institucionalizada, lo que cabe es rastrear las formas de lucha que constituyeron los prolegómenos de dicha revuelta. Estos antecedentes se encuentran en organizaciones como las ya mencionadas, asociaciones articuladas por los valores de horizontalidad, autonomía y democracia directa, valores que van a estar presentes de manera difusa entre las distintas organizaciones de *piqueteros*, aun cuando el autor nos advierte que, en realidad, se encuentran presentes de manera clara y definida sobre todo en un sector de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD), aquel denominado Coordinadora Aníbal Verón.

Tanto este sector de los *piqueteros* como las demás organizaciones mencionadas han hecho de la noción de comunidad, el eje fundamental de su encuentro asociativo con mira a crear nuevas formas de vida. Por esto, en alguna parte del libro, Zibechi nos indica que dicho concepto es fundamental en el análisis de estas nuevas formas de lucha. Esta comunidad, encuentro asociativo de carácter personalizado, es también, valga la redundancia, una comunidad de afectos. Además, un rasgo que define a este nuevo tipo de asociaciones es que no tienen un carácter instrumental sino son, fundamentalmente, de carácter autoafirmativo. Las madres e hijos de los desaparecidos, los muchachos que encuentran en el rock un canal para su rebeldía, los trabajadores desocupados buscan afirmar su identidad, su existencia en este mundo que de manera perversa constantemente se les niega.

Los valores de horizontalidad, autonomía y democracia directa están íntimamente vinculados a una visión en la que la búsqueda del poder está

descartada en estas nuevas formas de lucha. Dichas organizaciones o asociaciones tienen un denominador común en el hecho de que buscan cambiar el mundo sin tomar el poder. No es casualidad que nuestro colega John Holloway haga el prólogo del libro de Raúl Zibechi. Ha sido Holloway quien, en un nivel más elevado de abstracción, ha puesto los fundamentos que inspiran el trabajo de Zibechi, el cual tiene el mérito de fundamentar en el terreno de situaciones particulares y de movimientos sociales concretos, lo que Holloway postula en el terreno de la teoría. El abandono de la búsqueda del poder está vinculado a una noción de revolución que ya no la mira como un puerto de arribo ubicado en el horizonte, para usar la metáfora de Mao Tse Tung en alguno de sus trabajos.

La construcción del mundo nuevo no tiene que esperar al día siguiente de la revolución, sino tiene que hacerse desde ahora, creando esas nuevas formas de vida en las que se buscará eliminar las relaciones entre dirigentes y dirigidos (horizontalidad), se planteará una relación de distancia total frente al Estado, partidos y sindicatos (autonomía) y todos los miembros de esas comunidades nuevas y nacientes tendrán el derecho a opinar, a participar en la toma de decisiones y revocar a sus coordinadores que no son lo mismo que dirigentes (democracia directa). Además, estos valores tienen también fundamentos materiales en la territorialización (pp.163-171) de la actuación de estas nuevas formas de lucha y la constitución de una *economía popular solidaria* (p. 158) que puede estar constituida por fábricas autogestionadas por los trabajadores o cualquier otra forma productiva que mantiene tajante distancia con el Estado y con las leyes que rigen la economía capitalista, sobre todo en lo que se refiere a la distribución de la riqueza producida.

En determinados momentos, el lector del libro de Zibechi puede tener la sensación de que lo que se está postulando es una suerte de autarquía, a través de la cual se va construyendo un espacio social y geográfico que está fuera del control del Estado y del capital. También el lector se pregunta cuán extendidas pueden estar estas nuevas formas de vida en Argentina, en América Latina y en el mundo entero. En lo que se refiere al caso argentino, como ya lo hemos mencionado antes, Zibechi advierte que ese nuevo sujeto inmerso en una forma de lucha concebida como una

nueva forma de vida, puede ser visualizado en aproximadamente dos o tres mil familias organizadas en un sector de los *piqueteros*. Otros sectores de éstos no pueden ser caracterizados de la misma manera. El autor, de manera explícita, se refiere al Polo Obrero dependiente de un partido, el Partido Obrero. A su vez nos menciona a la Corriente Clasista y Combativa, también dependiente de otro partido, el Partido Comunista Revolucionario (de orientación pro China) y la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV), vinculada a una central sindical, la Central de Trabajadores Argentinos (CTA). Todas estas organizaciones, que en su conjunto han organizado a la mayoría de los *piqueteros*, tienen relaciones fluidas con el Estado, dirigentes no rotativos, control sobre sus afiliados y todo esto, según Zibechi, a la larga tiende a constituir estructuras verticales (p.136). Por lo demás, cualquiera que examine la situación presente de los *piqueteros* encontrará a seis o siete corrientes distintas; gran parte de éstas vinculadas a partidos e incluso alguna o algunas con dirigentes vinculados al Estado sino es que también al actual gobierno.

Hay movimientos sociales en América Latina con rasgos que Zibechi plantea como formas nuevas de vida, que además tienen otros que caminan a contrapunto de éstas. El Movimiento de los Sin Tierra plantea, explícitamente, la existencia de una capa dirigencial, se ha involucrado en luchas electorales y mantiene una relación de exigencias con el Estado. En Bolivia, si bien encontramos un sector de protesta popular que se encuentra articulado a las comunidades indígenas concebidas como nuevas formas de vida, también hallamos otro sector que participa en elecciones y que tiene en Evo Morales un prospecto presidencial. En Ecuador, el movimiento indígena articulado en la CONAIE y Pachakutik fueron dos de las cuatro organizaciones que llevaron a Lucio Gutiérrez a la presidencia. También hicieron gobierno durante seis meses con él, en medio de grandes conflictos por la traición de Gutiérrez al programa que lo hizo gobernante. En México, el EZLN aunque ha postulado el cambio del mundo sin tomar el poder, mantiene una distinción entre dirigentes y dirigidos y en ocasiones ha sido acusado de fuertes atavismos autoritarios, no por sus adversarios, sino por gente que en determinado momento ha simpatizado con los zapatistas. Cabe agregar en este último ejemplo que, si esto fuera

cierto, no sería sorprendente; situaciones de asedio, de confrontación, no son las mejores para hacer florecer la democracia participativa y directa. También es necesario advertir que lo nuevo siempre nace de forma ambigua, coexistiendo de manera conflictiva y dialéctica con lo viejo.

El planteamiento de Zibechi puede ser leído y aceptado siempre y cuando no esté impregnado del espíritu que aquí en México postuló David Alfaro Siqueiros. Me refiero a los tiempos de la polémica estética que envolvía al México posrevolucionario, cuando afirmó al muralismo con la frase "No hay más ruta que la nuestra". Advertimos que Zibechi se aparta de este camino, cuando dice que no hay "líneas correctas", ni rutas predefinidas. Hoy, en América Latina, observamos un espíritu creciente de resistencia contra el neoliberalismo que tiene expresiones como la que el autor analiza con agudeza. Pero también ha hecho de la lucha electoral y de las demandas al Estado un escenario notable de protesta popular. En Argentina, poco tiempo después de que se postuló la frase que Raúl Zibechi analiza, "¡Que se vayan todos!", una inmensa mayoría de la población electoral acudió a votar y solamente el 5% anuló el voto. Por lo demás, es imposible desvincular la revuelta del año 2001, de la aparición de un Kirchner en el escenario latinoamericano con un sesgo que no reproduce a pie juntillas el catecismo neoliberal. Lo mismo puede decirse de Lula en Brasil y de la derrota de la derecha a través de las elecciones en Venezuela y en Uruguay. En Nicaragua, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) con virtudes y miserias logró la gran mayoría de las municipalidades, y en El Salvador, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) pese a sus errores, gravita con un tercio del electorado y la mayor parte de las alcaldías. Aquí mismo, en México, aquellos que postulan una alternativa como la que Raúl Zibechi nos plantea en su texto, tienen que advertir que la inmensa mayoría de la gente que tiene sentimientos de rebelión contra la clase política, contra el capital, contra los gobiernos, contra la política, contra los partidos políticos, que incluso tiene sentimientos de simpatía y solidaridad con los zapatistas, está apostando a que en el año 2006 Andrés Manuel López Obrador gane las elecciones, desplace a los liberales del gobierno y construya desde el Estado una alternativa al neoliberalismo.

El libro de Raúl Zibechi resulta estimulante, saludable y esperanzador. Nos hace recordar que existen muchas formas de negación del orden existente, le recuerda a la izquierda que los procesos electorales no son las únicas maneras de expresar rebeldía frente al poder. Asimismo, nos dice que el orden que ahora nos parece inamovible, contundente como un muro de acero, tiene también enormes fragilidades. Al terminar de leerlo me dejó la misma sensación que tuve cuando leí el libro de John Holloway: lo que ambos autores mencionan y argumentan, da pie para la esperanza.

Y, como dijera Carlos Quijano, nos lo ha recordado recientemente Eduardo Galeano, perder la esperanza es el único pecado que no tiene perdón ni redención.